

**Declaración del Observador Permanente de la Santa Sede,  
Monseñor Fernando Chica Arellano.  
44 período de sesiones del Consejo de Gobernadores.  
Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola.  
18 de febrero de 2021.**

\*\*\*\*

Señor Presidente del Consejo de Gobernadores,  
Distinguidos delegados,  
Señor Presidente del FIDA,  
Señores y Señoras:

Deseo, en primer lugar, expresar mi más sincero agradecimiento por concederme la palabra. También quisiera, en nombre de la Santa Sede, dar las gracias al *Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola* (FIDA), a sus Estados miembros y a sus asociados por cuanto realizan para ayudar a que ninguna persona menesterosa de los países en vías de desarrollo se quede atrás. Como dice el Santo Padre: «No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede “a un costado de la vida”. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano» (Enc. *Fratelli Tutti*, n. 68).

La Santa Sede anima a quienes se esfuerzan por combatir la miseria y apoya sin ambages aquellas instituciones que atienden a las zonas menos favorecidas de la humanidad, uno de cuyos ejemplos más relevantes es el FIDA, que lucha con entusiasmo para transformar positivamente la vida de las personas más vulnerables.

La actual pandemia está lacerando las sociedades en las que vivimos, dejando al descubierto penuria, fragilidad y otras lacras que dañan cruelmente a todos, pero con especial vehemencia a los indigentes. Además, los efectos negativos del coronavirus, muy probablemente, provocarán significativos retrocesos en los logros en materia de desarrollo que con tanto empeño se han conseguido.

Precisamente, en estos momentos tan difíciles, no podemos cerrar los ojos ante la aflicción de los empobrecidos del mundo, ni hacer oídos sordos a sus legítimas reivindicaciones. Tampoco podemos ignorar el grave deterioro que está padeciendo nuestra casa común. Sabemos que las cosas pueden cambiar. Es imperioso, pues, salvaguardar la seguridad alimentaria mundial, conseguir una agricultura diversificada y sostenible y potenciar una economía que ponga en el centro a la persona humana y sus reales necesidades, en particular en aquellos territorios más deprimidos y postergados del planeta.

Esta tarea no se puede afrontar individualmente. Tampoco nadie se puede sentir dispensado de implicarse en ella. Por el contrario, es imprescindible fomentar con firmeza la solidaridad internacional, una leal cooperación entre los Estados, los organismos intergubernamentales, el sector público y el privado, de manera que se implementen sin dilación medidas adecuadas y eficaces en favor de las áreas rurales de la tierra, para que puedan contribuir con responsabilidad y confianza a su propio progreso, incrementar sus capacidades productivas, comercializar sus artículos, vigorizar su resistencia al cambio climático y ofrecer formación y recursos a los labradores, pescadores, ganaderos y agentes forestales que carecen de los medios económicos y técnicos necesarios.

La Santa Sede considera de suma importancia que el FIDA cuente con consistentes contribuciones financieras para continuar acompañando con sabiduría y tenacidad a las pequeñas comunidades agrícolas que se hallan en remotas regiones, a las organizaciones campesinas y a los pueblos indígenas, siempre en un verdadero espíritu de asociación.

Permítanme concluir reafirmando un convencimiento del Papa Francisco: es urgente derrotar el hambre y acabar con las inicuas e inadmisibles desigualdades económicas y sociales que nos asolan. Lo conseguiremos si, poniendo de nuestra parte y olvidándonos de una vez por todas de intereses mezquinos, perseguimos infatigablemente el bien común mediante alianzas, grandes dosis de generosidad e innumerables sacrificios. Merece realmente la pena.

Muchas gracias, Señor Presidente.